

SOBRE LOS PRIMEROS PIANOS EN MEDELLÍN

y un hallazgo maravilloso

A Jorge Alberto Marín-Vieco Restrepo

Luis Carlos Rodríguez Álvarez

La llegada de los primeros pianos a Medellín fue una noticia, además de curiosa, altamente significativa en la vida cultural de la ciudad, pues como muchas de otras situaciones novedosas fue animada por la muy importante élite social y económica, alineada ideológicamente y políticamente con el “santanderrismo” civilista, debido a sus vínculos comerciales y a las hermanadades masónicas que se habían formado en el tráfico clandestino con Jamaica –posesión inglesa– en los primeros años del siglo XIX, durante las guerras de independencia.

Así las cosas, se sabe que, en 1825, don Juan Uribe Mondragón trajo el primer instrumento de esta clase conocido en Medellín, muy probablemente construido en alguna fábrica británica¹ (Gónima Ch., 1909, p. 144) (Betancur, 1925, p. 26).

Precursor del desarrollo económico preindustrial de la ciudad, Juan José Faustino Uribe Mondragón y Mejía (1786-1839), más conocido en la historia como “don Juan Uribe Mondragón”, fue un acaudalado hombre de negocios –hijo de José Ignacio y hermano de Vicente, también ricos importadores y mineros–, comerciante próspero con dicha isla caribeña, muy vinculado a la política local y fundador de la primera Casa de Comercio de Medellín. Quizás por ello también, y de manera entusiasta, estuvo siempre preocupado por el bienestar público. Sin embargo, a pesar de que era amante de las bellas artes y apoyó a los músicos de su tiempo, no se conoce de su específico talento artístico; tampoco si la compra del instrumento obedeció a su afición musical, a un embeleco, o a su ánimo por la primicia o a la emulación con todo lo europeo. Sus grandes posibilidades económicas simplemente le permitían importar un piano, de suyo muy costoso, y su posesión le proveía una indiscutible relevancia social.

El señor Uribe Mondragón sirvió como anfitrión del primer baile de sociedad que tuvo Medellín y que animó la “banda de música” –u “orquesta”– dirigida en esa ocasión por José María Ospina

1. En la década de 1820 operaban varias fábricas de pianos en Inglaterra, siendo las más destacadas la de John Broadwood & Sons, la de Muzio Clementi & Co., la de los hermanos Collard y la de Jacob Astor en la fabricación de instrumentos de mesa y de cola, a pesar de la innovación que también se gestaba en París con firmas como Érard.

(Gónima Ch., 1909, pp. 99-100). Fue amante del progreso y las obras culturales y, por los demás logros cívicos que se recuerdan de él, no se puede discutir su capacidad de mecenazgo: asumió total y parcialmente los gastos de varias de ellas, como la pila de la plaza, el primer reloj público, y, quizás por encima de todo, los de la construcción del edificio para el que se llamó siempre El Coliseo o Teatro Principal –pues nunca llegó a tener nombre propio, primer escenario de ese tipo que se levantó en Medellín, situado en donde hoy sería la calle Ayacucho, entre Junín y Sucre². Uribe Mondragón también trajo de Jamaica, antes de 1836, la primera carroza que hubo en la ciudad (Betancur, 1925, p. 132), y en compañía de su cuñado, don Juan Santamaría Isaza, y del exgobernador, don Gabriel Echeverri Escobar, “los grandes comerciantes jamaiquinos”³, fundaron la “Concesión Echeverri”, conformando una nueva élite que terminó la empresa colonizadora del suroeste antioqueño en el siglo XIX (Uribe de Hinapié, Álvarez Gaviria, 1998, p. 129).

Otro rico comerciante, don Pablo Esquembri Pizano, importó en 1826 el segundo piano a Medellín. Se trata del mismo personaje que ese año trajo, también de Jamaica, los primeros sombreros de copa o pelo que se vieron en la ciudad⁴. Más tarde, fueron don Gabriel Echeverri Escobar y don Víctor Gómez quienes hicieron lo propio, al hacerse traer sendos pianos del exterior (Gónima Ch., 1909, p. 144). Las motivaciones y demás detalles y características del ámbito sociocultural son similares a las del mencionado señor Uribe Mondragón: el hecho de ser comerciantes opulentos, dueños de abultadas posesiones, les permitía poseer bienes económicos y de lujo.

Tener y exhibir un piano —instrumento exótico y muy caro, quizás tomado al principio como un mueble más—, a la vez que símbolo de las más altas cualidades del arte musical, era signo de inmenso prestigio social.

Mientras se encontraba en Rionegro, en casa de Don Pedro Sáenz –el comerciante más importante de esa ciudad y uno de los hombres más acaudalados de la región–, el viajero Carl August Gosselman

2. En ese mismo lugar habría de construirse, con tapias, caña brava, boñiga y cal, sobre las ruinas del viejo *Coliseo*, un nuevo teatro que se inauguró en 1909, y que –bajo los auspicios de la Sociedad de Mejoras Públicas–, fue reconstruido y remodelado entre 1917 y 1919 por el ingeniero Horacio Marino Rodríguez Márquez y los arquitectos de la firma Olarte Vélez, tomando el nombre de Teatro Bolívar, el mismo que se convirtió por 35 años en el escenario principal de la capital antioqueña, gracias a su aforo –una capacidad para casi 1300 personas–, sus condiciones acústicas, su telón de boca, sus jardines interiores, la disposición de la caja escénica y el ambiente familiar. Allí se presentaron compañías artísticas de teatro, zarzuela, ballet, danzas, grupos de cámara, orquestas y concertistas locales y de fama nacional e internacional, pero que fue demolido en 1954 (Correa Serna, 2016, p. 45).

3. Se les llamó “jamaiquinos”, pues eran los comerciantes de multitud de bienes y artículos procedentes de Inglaterra, por la vía de la isla de Jamaica, posesión del Imperio británico en el Caribe.

4. No se han encontrado más datos sobre don Pablo. Se recuerda a Francisco Esquembri Pizano, nacido en Malta en 1752, establecido en Medellín, origen del tronco familiar en Colombia, y fallecido en esta ciudad en 1829.



Piano de Alejo Santamaría Bermúdez donado al Museo Maja de Jericó. Fotografía: Galina Likosova de Mejía.

hace una descripción excepcionalmente interesante, por lo esclarecedora y orientadora sobre todo lo que suponía poseer un piano en esos días, en cuanto toca a lo artístico, a lo social y lo económico, en una región como la antioqueña.

Dice Gosselman, teniente de marina de la Armada de su Real Majestad de Suecia y representante comercial de ese país, que le sorprendió inesperadamente encontrar una tarde a toda la familia de Sáenz reunida en un salón excelentemente amoblado y exquisitamente decorado, "con una pompa cercana a la europea (...) Especialmente cuando se comenzaron a contemplar un sin número de espejos, lámparas de colgar, mesas, sillas, y un piano de cola.

Muebles y cosas que solo pueden haber llegado hasta aquí en las espaldas de los peones. Recordar lo dificultoso del trayecto y encontrarse en medio de tal lujo era algo inexplicable..." (Gosselman, 1981, pp. 209-210). Y continúa:

Lo que más me sorprendió hallar fue el inmenso piano de cola. De una parte, por la tremenda dificultad que era traerlo, pues llegar hasta estas tierras con un mueble de tal proporción constituía empresa de titanes; y de otra, porque aún no había logrado ver ninguno de ellos en Colombia. Consideré que era un lujo innecesario, ya que nadie podía sacar notas diáfanas del instrumento y todo cuanto lograban tocar eran unos ritmos de valses aprendidos al oído, por lo cual el piano desafinado demostraba que se estaba

exhibiendo la riqueza del dueño más que las virtudes de aquel.

[...] Pronto el piano cedió su lugar a una caja musical alemana que comenzó a deleitarnos con su bello sonido, la cual no necesitaba de ningún talento para ser manejada, y por lo cual resultaba más adecuada para este país, tanto más si estaban iniciando sus pasos en el mundo del arte (Gosselman, 1981, p. 210).

Aunque el ambiente musical era discreto, se llegaban a encontrar ocasionalmente avisos de prensa como el que se publicó en el periódico *El Antioqueño Constitucional* a principios de diciembre de 1847, en el que “se vende un peano (sic) de primera clase i construido por el Señor David, a precio mui cómodo: el que quiera comprarlo tomará informe en esta imprenta de la persona con quien deba entenderse” (Avisos, 1847). Y a continuación, en el mismo sitio del mencionado periódico se ofrece en venta el edificio donde funcionaba el llamado Coliseo de Medellín, y se dan noticias de su responsable, el comerciante de origen cartagenero Sebastián José Amador, padre del famoso magnate local Carlos Coriolano Amador.

Ahora bien, el primer aviso nos mueve a una pregunta y a una reflexión: ¿quién era el señor David allí mencionado, que construía y vendía un piano “de primera clase a precio muy cómodo”?

La gran noticia es que en la Medellín de 1847 se construían pianos... Y desde una década antes...

De acuerdo con las noticias descritas por varios cronistas (Eladío Gónima Chórem, Agapito Betancur y Lisandro Ochoa), a mediados de los años treinta del siglo XIX se empezaron a construir localmente estos instrumentos. A fines del 35 vinieron los ebanistas norteamericanos David y José Harris, y fundaron un buen Establecimiento, donde dieron principio a la construcción de pianos y muebles. Poco tiempo después, dejó David la ciudad y marchó a establecerse en Bogotá. Solo ya Harris, dio un extraordinario ensanche a sus



Placa en bronce del piano del Alejo Santamaría Bermúdez. Ensamblado en Medellín por David McCormick en 1837. Fotografía: Galina Likosova de Mejía.



Piano de Alejo Santamaría Bermúdez donado al Museo Maja de Jericó. Fotografía: Galina Likosova de Mejía.

talleres. Fabricó una cantidad considerable de pianos, muchos muy buenos, y de los que todavía se conservan bastantes. Fue en cierto modo el padre de la ebanistería entre nosotros, arte aquí desconocido (Gónima Ch., 1909, p. 144) (Betancur, 1925, p. 26). Se sabe que aquí lo llamaban *Míster Jares* –una deformación fonética de su apellido– y su nombre completo era Joseph [Hilario] Harris. Nacido en Maryland (Estados Unidos), vino a Medellín en la década de 1830, y estableció un taller, al parecer con su hermano David. Además, fue amigo íntimo y socio comercial en varios negocios de Edward Gregory, otro extranjero, este sí músico profesional que realizó grandes ejecutorias artísticas en la ciudad y la región.

Según varios de esos mismos cronistas, además de pianos, Harris fabricó muebles de lujo y fue el maestro de muchos de nuestros

grandes y bien afamados carpinteros y artesanos de la madera. Se recuerda a Simón y José Antonio Caballero, Francisco Ossa, Román Jaramillo, Canuto Acebedo, Narciso Castro, Pedro Espinosa, José María Mondragón, Pascual Ochoa, Joaquín Restrepo (padre de Cancio), Rosendo Muñoz, Nepomuceno Calderón, y muchos otros. Al igual que otros varones extranjeros, Harris contrajo matrimonio con una dama local, de apellido Mazo, y tuvieron una hija que se casó con el rionegrero Lucas Uribe, con quien procreó una extensa descendencia. Joseph Harris murió en 1890 y fue sepultado en el patio del Cementerio de San Pedro (Echavarría, 1943, p. 50) (Gónima Ch., 1909, p. 144) (Ochoa, 1984, p. 115) (Betancur, 1925, p. 26).

Los hermanos Simón y José Antonio Caballero, mencionados discípulos de Harris, abrieron su taller de carpintería y ebanistería a principios de 1848 en la Calle Ayacucho. Por muchos años fue uno de los más reputados talleres de la ciudad. Los muebles por ellos fabricados eran signo de prestigio social y, como su maestro norteamericano, también fabricaron pianos (Mejía Arango, 2023, pp. 91-92).

Un hallazgo maravilloso

Ahora bien, se sabe que entre 1835 y 1850, en Medellín y Bogotá, vivió y trabajó el artesano David McCormick, quien orgullosamente firmaba como “carpintero y fabricante de pianos”, algunos de cuyos instrumentos se conservan como piezas de museo. El profesor Egberto Bermúdez refiere que se tienen datos de al menos cinco instrumentos McCormick, así: un piano vertical (*high upright*), construido hacia 1840, que se encuentra en la Colección Quinta de Bolívar, en Bogotá; uno rectangular, construido hacia 1850, conservado en el Museo del Siglo XIX, del Fondo Cultural Cafetero; dos pianos rectangulares, pertenecientes a la Colección “José Ignacio Perdomo Escobar” del Banco de la República, en Bogotá, y uno que se encuentra en el Museo de la iglesia de Bojacá (Cundinamarca) [Santuario de Nuestra Señora de la Salud] (Bermúdez, 2000, pp. 182-183 y 190-191).

El maestro Bermúdez llama curiosamente la atención sobre el piano vertical conservado en la Quinta de Bolívar: es muy similar al que aparece en una acuarela de gentes de Medellín, pintada en 1852 por Enrique Price, quien se desempeñaba en ese momento como ilustrador de la Comisión Corográfica dirigida por Codazzi, en su segunda expedición. Tal parecido nos llevaba a una pregunta: **¿acaso el tal señor David pudiera ser el mismo personaje que hubiera vivido y ejercido su oficio, primero en Medellín y luego en Bogotá?**

En consulta personal, hace ya varios años, con el ingeniero Samuel McCormick Navas, tataranieto del ebanista, y vocero de la familia, nos comentó que David McCormick (1805-1881) fue el primogénito de una familia irlandesa de origen escocés, que se había establecido en New York cuando él era todavía niño. Viajó a Colombia en fecha no conocida y se radicó en Santander (Floridablanca y Piedecuesta). Se dedicó a la molinería de trigo, a la apicultura y a la ebanistería. Se casó en primeras nupcias con Margaret Stuart, y en segundo matrimonio con Primitiva Naranjo, y fue padre de quince hijos en total, dando origen al apellido McCormick en Colombia. De espíritu emprendedor, construyó en 1864 el puente colgante de arriera sobre el río Chicamocha, abajo de Pescadero, en el sitio de Jordán, municipio de Los Santos, conocido hoy como el “Puente Lengerke”, con

lo que se facilitó el comercio y la comunicación con la capital del país y la Costa Caribe, pues era paso obligatorio para las mercancías, los arrieros y las mulas. Como dato curioso, fue el primer peaje que hubo en Colombia (se pagaban cinco centavos por carga en bestia). Fue uno de los primeros y más emblemáticos puentes de Colombia. McCormick tuvo derecho de pontazgo por doce años, como reconocimiento del Gobierno de los Estados Unidos de Colombia. Ahora bien, sobre nuestras específicas inquietudes relacionadas con la construcción de pianos por su tatarabuelo, lamentablemente el ingeniero Samuel McCormick Navas no tenía respuesta alguna, pero pensaba que el apellido de este David era Harris por la costumbre que tenemos de mencionar los nombres solamente cuando el apellido es el mismo (McCormick Navas, 2015).

En su libro *El hilo que teje la vida*, Juan Luis Mejía respondió a esa pregunta cuando dice que, en 2019, los herederos de Alejo Santamaría Bermúdez –hermano de don Santiago Santamaría Bermúdez de Castro, fundador de Jericó, en la subregión del suroeste antioqueño– donaron al Museo de Antropología y Arte (Maja), sede Ateneo, Casa de la Música Álvaro Arango Gaviria, “un piano vertical con las mismas características del pintado por Price y que lleva una placa en bronce que a la letra dice ‘Ensamblado en Medellín por David McCormick en 1837’ (...) Durante 183 años distintas generaciones de descendientes de don Alejo estuvieron al cuidado del piano (...) Hasta el presente solo hay registros de dos pianos de esta referencia en Colombia, el otro ejemplar se encuentra en el museo Quinta de Bolívar de Bogotá” (Mejía Arango, 2023, p. 93).

Según su ficha técnica, el instrumento está elaborado con maderas de comino y santa cruz, con apliques de bronce y cobre, y teclado de marfil; sus medidas son: 225 centímetros de altura, 147 de ancho y 61 centímetros de profundidad. Los restauradores del hermoso piano conservado en el Museo Maja de Jericó fueron los maestros Jairo Silva (mueble) y Félix Córdoba (teclado).

Referencias

- Avisos. (5 de Diciembre de 1847). *El Antioqueño Constitucional*.
- Bermúdez, Egberto. (2000). *Historia de la Música en Santafé y Bogotá, 1538-1938*. Bogotá: Fundación de Música.
- Betancur, Agapito. (1925). Medellín viejo (Efemérides de Medellín). En *La ciudad 1675-1925. Medellín en el 5º cincuentenario de su fundación. Pasado, presente, futuro* (pp. 7-109). Medellín: Tipografía Bedout.
- Correa Serna, Nancy. (2016). El Teatro Bolívar y otros espacios para las representaciones escénicas en Medellín, 1850-1950. *Revista Historia y Espacio*, 12 (47), 41-65.
- Echavarría, Enrique. (1943). *Extranjeros en Antioquia*. Medellín: Tipografía Bedout.
- Gónima Ch., Eladio. (1909). *Apuntes para la Historia del Teatro de Medellín y Vejeces*. Medellín: Tipografía de San Antonio.
- Gosselman, Carl August. (1981). *Viaje por Colombia 1825 y 1826*. (A. C. Flink de Pereira, Trad.) Bogotá: Publicaciones del Banco de la República.
- McCormick Navas, Samuel. (28 de Septiembre de 2015). [Sobre David McCormick]. (L. C. Rodríguez Álvarez, Entrevistador)
- Mejía Arango, Juan Luis. (2023). *El hilo que teje la vida. Aproximación a la vida cultural en Antioquia y Medellín (1820-1940)*. Medellín: Fondo Editorial Eafit.
- Ochoa, Lisandro. (1984). *Cosas viejas de la Villa de la Candelaria*. Medellín: Ediciones Gráficas Ltda.
- Uribe de Hincapié, María Teresa y Álvarez Gaviria, Jesús María. (1998). *Raíces del poder regional: el caso antioqueño*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

Luis Carlos Rodríguez Álvarez

Médico de la Universidad de Antioquia, magíster en Historia de la Universidad Nacional de Colombia y candidato a Doctor en Artes en la Universidad de Antioquia. Miembro de Número de la Academia Antioqueña de Historia y Miembro del Consejo Académico del Patronato Colombiano de Artes y Ciencias. Profesor de cátedra en el Departamento de Música de la Facultad de Artes de la Universidad de Antioquia. Textos suyos sobre la historia musical del país han sido publicados en libros, revistas, periódicos, enciclopedias y páginas electrónicas en Colombia, Estados Unidos, Venezuela, Brasil, Alemania y España.
